

Del mal encuentro a la clínica de lo Real

La cuestión remite al psicoanálisis en cuanto clínica de lo real, el lugar del mal encuentro, y a su compatibilidad con el concepto de cura.

¿Cual fue el recorrido intelectual de Lacan en su aproximación a lo real? Podemos distinguir dos sobretodo, el primero se refiere al *mal encuentro* y el segundo al concepto de *sínthoma*.

Es en el seminario sobre los Cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis que Lacan define lo Real como mal encuentro. Tomando como punto de partida la lectura de Freud, él retoma la afirmación según la cual el inconsciente se constituye, por esencia, de lo que se le recusa: “El coloca su certidumbre en la única constelación de los significantes tal como resultan del relato, del comentario, de la asociación”, o también de lo que se escapa del desfile de enunciaciones, jugando de la ambigüedad de las diversas formaciones del inconsciente y que se organizan como un enigma al igual que en el sueño.

Lo que nos interesa es la red de significantes “donde ocasionalmente se toma algo”, cuando era “el sujeto debe ocurrir” y Lacan precisa diciendo, “cuando era, es lo Real”.

¿Como se califica este Real? En primer lugar, no existe contingencia de lo Real que ignora el azar, y que siempre vuelve a golpear en el mismo lugar, “este lugar donde el sujeto mientras cogita no lo encuentra”, lo que conduce aquel sujeto a una repetición que no se puede concebir sino “en sus interacciones con lo Real”. La consecuencia no tarda mucho para hacerse sentir: “Ninguna praxis mas que el análisis, es orientada hacia lo que está en el corazón de la experiencia analítica, es decir el núcleo de lo Real”.

Este encuentro no puede ser exitoso aunque sea siempre una ocasión perdida, siempre se revela inasimilable y excluida de cualquier significación. Según Lacan este encuentro no es nada mas nada menos que un traumatismo, un trauma inicial. Afirma: “El mal encuentro central se halla al nivel de lo sexual”. Este real bajo su forma traumatizante solo lo puede designar, apuntar, el psicoanálisis.

Luego, ¿cómo alcanzar este real que se escapa de cualquier significación, como un huérfano del discurso?

Efectivamente, este Real que se ubica en el mismo lugar, cualquier sea el sujeto, sería inalcanzable, pero al mismo tiempo afecta este sujeto reafirmando su presencia a pesar de su voluntad, cuando no lo espera, imponiéndole sus efectos sin ser nombrado, ¿como un clandestino que marca ruidosamente su presencia sin que se pueda identificar el origen del ruido! Según la tesis de Nestor Braunstein en su libro “El goce”, el sujeto es como desconectado de su deseo inconsciente, y se encuentra devastado por el goce que en este momento, ya no es limitado por el significante. Esta confrontado, en lo real, con un goce mudo. Esta falta de significante induce un trabajo de traducción en la cura.

Pero la cura no puede traducir o dar cuenta de lo Real en su totalidad. Siempre habrá un resto. El psicoanálisis no puede captar toda la realidad con una red de símbolos. Puede delimitarlo, a grandes rasgos, pero no puede curar de lo Real y por eso este mal encuentro inaugural o ese trauma inaugural constituye un elemento fundador del futuro sujeto. El psicoanálisis permite, donde golpea la repetición, una apertura sobre una ocurrencia del pensar que permite limitar los efectos nocivos de un real desarraigado de todo fundamento simbólico, como una isla, a la vez destructor y alienador.

Desde luego, se puede plantear la existencia de un mal encuentro inaugural y modelador, un encuentro paradójico que sería del orden del encuentro enigmático entre los distintos sexos.

Para seguir con la concepción de un Real vinculado al trauma, ¿no será lo real una serie de huellas solicitadas para debilitar a la fantasía, por efracción, y que no podría proteger el sujeto? Esto induce un trabajo de desciframiento de los jeroglíficos, remitiendo a lo que Catherine Delarue llamó: “La memoria olvidada”,¹ retomando el ejemplo de la pizarra mágica de Freud que deja aparecer huellas, o restos de huellas de un texto ya imposible de leer. Se trataría de un real que puede agarrarse a restos metonímicos, como reliquias de un mal encuentro, que mantiene al sujeto bajo el dominio alienante de un real que le impediría el acceso a la metáfora. En la tercera carta de la Escuela Freudiana, Lacan dice: “lo real, justamente, es lo que no anda, es lo que se atraviesa en esta carreta, más aún, lo que no cesa de repetirse para trabar esta marcha”.

¿Habría entonces un real que se dejaría desmoronar por lo simbólico y otro que se quedaría indiferente a todas las sollicitaciones del lenguaje? ¿Habría un real de la esencia freudiana (ombbligo del sueño, rareza inquietante) siguiendo la pista de las huellas de un real de esencia lacaniana, alrededor de un hueco sin huellas, de un trauma inaugural que resiste a todas las aproximaciones enunciativas que llevan al concepto de *sínthoma*? En *Ornicar* n°9, Lacan declara: “Alcanzaré yo a decirles... que lo que se llama pedazo de real, en el sentido estricto de la palabra... es decir... un núcleo alrededor del cual se teja el pensar, pero el estigma de este real es el no vincularse a nada.”

Este cambio del síntoma al *sínthoma* implica, me parece, otra aproximación a lo real, donde el síntoma no es solamente un mensaje dedicado a otro – Otro - y fuente de goce. Con el anudamiento borromeo, el síntoma considerado como cuarto nudo sustenta la estructura que sino se desataría. A la transcripción viene entonces agregarse el anudamiento que pone lo real en otro lugar, el síntoma cediendo su lugar al *sínthoma*. En el anudamiento de a cuatro, lo real ya no es el adversario, el enemigo a enfrentar con las armas de lo simbólico. Este anudamiento nos lleva a tratar el síntoma de otra manera, alejándonos del terreno de la transcripción, de la traducción, hacia el del anudamiento.

Es otra modalidad de encuentro con lo real, menos frontal, en el sentido que la creación de un *sínthoma* abre el sujeto a una ocurrencia del pensar. Lo real no cesa, con todo, y sigue estando donde estaba, pero puede revelarse menos destructivo en este otro lugar. Al ofrecer una alternativa, el *sínthoma* ofrece un suplente al fallo del nombre del padre, y un límite a la avalancha de goce. El *sínthoma* puede entonces generar menos sufrimiento. Podemos referirnos al ejemplo de Joyce y de lo que aporta la escritura... pero, ¿qué pasaba cuando no escribía? O también al ejemplo de Niki de Saint Phalle que produjo una obra abundante pero que, cuando no creaba, entraba en estados algo depresivos y graves. Estos ejemplos interrogan sobre la permanencia del *sínthoma* y del regreso del mal encuentro, cuando deja de desempeñar este rol supletorio.

Cuando lo real irrumpe, cuando el sujeto se ve bombardeado por lo real y sin ninguna protección entre lo interior y lo exterior, es una experiencia que despersonaliza y que todo sujeto puede vivir en momentos o situaciones efímeras (cf. la rareza inquietante de Freud cuando ve su reflejo en la ventana de su compartimento de vagón) o en casos más graves de psicosis por ejemplo. Es una fractura entre lo real y lo simbólico que debe encontrar maneras alternativas de funcionar. ¿No sería eso precisamente la función del *sínthoma*? Por lo tanto, podemos distinguir un real basado sobre un discurso perdido, ello a su vez constituido de

¹ C. Delarue *La mémoire oubliée* - Analyse Freudienne Presse N°20 p 55 - Erès

restos metonímicos que dejan entrever una posible simbolización y otro real, vinculado a un nombre del padre que, si no totalmente desvanecido, al menos frágil en su función.

Finalmente, en este mal encuentro con lo real y cualesquiera sean sus premisas, el psicoanálisis como clínica de lo real tiene que inducir e introducir un pensar, con el fin de mejorar la posición del sujeto. Para todos, siempre subsistirá una parte de real que no accederá jamás a la simbolización, sin cesar de estar ahí y que al mismo tiempo participa de la fundación del sujeto. Un real que, como lo precisa Lacan, no se vincula a nada y que resiste a cualquier sentido. Por lo tanto, ¿cómo trabajar con esta segunda dimensión de lo real? ¿Cómo mantener juntas estas tres instancias cuando están separadas, como mal atadas? El síntoma sería una manera de actuar distinto con el síntoma, intentando canalizar y regular una invasión de goce que, a largo plazo se revela destructiva y alienante para un sujeto y que traba su aptitud a pensar.

¿Debemos curar el sujeto de su síntoma? Lacan responde, me parece, de la siguiente manera: “El objetivo de un análisis no consiste en librarnos de nuestros síntomas, sino en saber porqué estamos enredados.”

En 1967, Lacan dice en Lyon: “El psicoanálisis es una oportunidad de volver a empezar” con un síntoma – a falta de algo mejor - que permita seguir adelante. Y siguiendo adelante, ¿habrá un buen encuentro entre lo real y la cura? En todo caso, para poder seguir adelante, es mas que necesario que este encuentro sea improbable, es decir que sea siempre una ocasión perdida.